

SÚPLICA

AL CORAZÓN TRANSVERBERADO DE SANTA TERESA DE JESÚS

PATRONA DE LAS ESPAÑAS

Orad, hermanos, porque todo lo puede la oración.

(Santa Teresa de Jesús)

Mira con ojos compasivos a tu España, oh Teresa de Jesús, tú que eres su Patrona, y humilla a los enemigos de nuestra santa fe. Acuérdate de los trabajos grandísimos que pasaste para santificarla, y muéstrate propicia. Son tus hermanos los católicos españoles los que esto te piden, en este mes consagrado a honrar tu corazón abrasado y herido por el amor divino. ¡Oh Víctima de la caridad! abrasa nuestros corazones con los ardores del amor de Jesús, a fin de que unidos en unos mismos sentimientos, gocemos de paz y de bienandanza. Libranos de todo mal en vida y de la condenación eterna. Compadécete, pues tienes piadoso corazón, de tu pobre España, y dale remedio en todas sus necesidades. Son extremos los peligros que nos cercan: brille, pues, el poder de tu intercesión en salvarnos, tú que todo lo puedes y todo lo alcanzas el Corazón misericordioso de Jesús, tu enamorado Esposo. ¡Corazones dulcísimos de Jesús y de Teresa! por vuestras espinas, por vuestra llaga, por vuestra cruz y ardoroso amor, salvadnos, que perecemos. Salvad a la Iglesia, salvad a Pío IX, salvad a la pobre España.

LA IGLESIA, SANTA TERESA Y NOSOTROS

IV

Se ha dicho, y no sin apariencias de razón con motivo de las extravagancias y prestigios del **espiritismo**, que estamos en plena magia. No diremos que el demonio no tenga intervención en las escenas espiritistas; estamos, sin embargo, muy persuadidos de que si hay espiritistas, verdaderos magos, hay quizás más truhanes que hacen su negocio a costa de los tontos, y sobre todo muchos agentes de incredulidad, que de intento se ocupan en seducir sencillos y perder almas. De todos modos esa perniciosa peste del espiritismo, que se propaga como un cáncer invadiendo cada día mayor número de cabezas, con descrédito de la tan ponderada civilización moderna y afrenta de la sociedad, reconoce como causa principal, sino única, la rebelión contra la Iglesia. No importa que el espiritista se presente al principio con la piel de oveja, y afectando piedad y elevación; así han comenzado las más de las herejías. El espíritu de soberbia, que está en el fondo de todas ellas, y que se llama ora espíritu individual, ora principio del libre examen, ora racionalismo, sabe que no conviene alarmar; pero más pronto o más tarde se manifiesta cual es, y pronuncia el decisivo: **Non serviam**. Lo hemos dicho ya. Se quiere arreglar la religión según las frágiles concepciones de la inteligencia humana; y sucede lo que debe suceder. Una vez salvadas las barreras de la autoridad infalible de la Iglesia, los novadores, empujados por una lógica fatal, no se detienen en nada y se precipitan en increíbles absurdos, hasta creer en los embustes y prestigios de Satanás, ellos que han rehusado creer en la palabra y milagros del Todopoderoso. He ahí los espiritistas; herejes como los demás, si se trata de individualidades que han recibido el bautismo, porque la secta está fuera del Cristianismo.

Desconociendo los herejes la autoridad de la Iglesia, es consiguiente que contraríen su divina misión; y así lo hacen. Pero la Iglesia cuenta para vencer toda clase de contradicciones con la solidez de su institución divina, con los auxilios de lo alto, con la ciencia de sus Doctores, con las virtudes de sus Santos, con el valor de los Apóstoles, y en fin con la sangre de los Mártires; las ha vencido hasta aquí, y las vencerá en adelante. Poco le importan a la Iglesia los embates de los enemigos exteriores, y le importarían menos si los que se llaman sus hijos se agrupasen todos a su redor con decisión y buena fe; si no existiese esa raza de católicos equívocos o egoístas, de que tan fecundo es el siglo XIX. ¡Oh siglo de metal y de fango! ¡Oh hombres del tanto por ciento, del placer y del lujo! ¿No sabéis que con el bautismo nacisteis a una vida nueva y superior a esa vida material que absorbe todo vuestro ser, que contrajisteis

una filiación nueva en el seno e una Madre también nueva, y unos deberes filiales nuevos? Pues, he ahí que esa Madre pide que los cumpláis; y tiene derecho a ser escuchada.

Si lo que los hombres de hoy malgastan en devaneos y excesos **que no les aprovecharán**, como dice la Escritura, lo dieran a la Iglesia para atender a sus muchas y graves necesidades, para fomentar las vocaciones eclesiásticas y formar en virtud y ciencia la juventud levítica, para multiplicar los medios de acción y ensanchar la esfera de sus santas obras, para aumentar el número y los recursos de los asilos de la virtud y de la desgracia, ¡cuán abundantes y preciosos frutos producirían para el cielo y para la tierra unos caudales que se disipan como humo en el espacio, o lo que es peor, se resuelven en mortífero veneno fomentando los vicios que corroen la sociedad! Y si los sabios, y los literatos, y los artistas, que se dicen católicos, en vez de emplear sus talentos y vigiliando, la inteligencia privilegiada y lozana imaginación con que la Providencia les ha enriquecido, los tesoros de erudición y ciencia que poseen, su bien cortada pluma y palabra elocuente y castiza en cuestiones insolubles, para perderse en un laberinto sin salida; **semper dicentes, et numquam as scientiam veritatis pervenientes**¹; en resolver fatigosamente los elementos de este mundo visible que ha entregado Dios a las disputas de los hombres, reservándose su secreto: **Ut non inventa homo opus, quod operatus est Deus**²; en engalanar los sueños de la fantasía y en contar mentiras bellas para divertir nuestra insustancialidad infantil, y hacer perder, y esto es el menor mal, un tiempo precioso que convendría aprovechar para conocernos, para reformarnos, para hacernos virtuosos y conquistar la eternidad; los consagrarán bajo el magisterio y con la bendición de la santa Madre Iglesia en exponer y propagar la doctrina católica; en enseñar, embellecer y popularizar, y sobre todo en hacer amables con la práctica las virtudes cristianas; en defender con valor y franqueza la causa de la Iglesia, que es la de la verdad y de la sociedad; ¡qué diferentes serían pronto los hombres y el mundo! ¡Si a lo menos esos talentos y esas plumas no se emplearan sino en grandes vaciedades y en sublimes niñerías! ¡Si dejaran en paz a la santa Iglesia! Mas, no, no la dejan. La Iglesia se queja amargamente, y con sobrado motivo, como lo hacía David³, de que **la maldicen y tratan con altanería los mismos que se fingen amigos, que se sientan a su mesa, que son de la familia, que se dicen hijos**. ¡No lo son! ¡Son los católicos del siglo XIX! Comparadlos con santa Teresa, y juzgad entre ellos y la Iglesia.

+ BENITO, Obispo de Tortosa.

A LAS JÓVENES CATÓLICAS DE CATALUÑA

CARTA V

Refiere la santa Madre Teresa de Jesús un hecho consolador y edificante para las almas que aspiran a santificarse.

Era un bendito varón, cuyo retrato hace la Doctora en estos graciosos términos: “Mucho entendimiento y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciado, junto con ser recta y santa, que da contento grande a los que trata”. (Vida de la Santa, cap. XXIII)

¡Dicha grande la de conversar con hombres benditos y discretos! Las buenas pláticas engendran deseos laudables, excitando nobles sentimientos e ideas elevadas. Parece renovarse el espíritu oyendo dulces palabras, eco regular de almas tiernas y candorosas. No anda por allí la perturbación, ni siquiera el disgusto. Apenas quiere insinuarse algún movimiento de pasión o de recelo, cuando es ahogado por el amor a las bondades que sin cesar difunden los corazones cortados según el Modelo de la pureza en el sentir y en el querer. Enamoran las almas pudorosas.

Pacífico, sufrido y confiado el ánimo de los hijos de la Iglesia, ábrese contra toda especie de cautela al oír un discurso ingenuo. Es todo obra de afinidades y de atracción. El artificio, de ordinario apasionado y desdeñoso, no logra entrada en los corazones sencillos; y

¹ II Tim. III, 7

² Eccles. III, 11

³ Psalm: LIV, vv. 13, 14, 15

en ellos la belleza es la sencillez. Resultan pintados con sólo revelar un concepto. Hablan de aquello en que abundan, y abundan en sinceridad.

¿Quién resiste el atractivo de un alma apasionada de la verdad? A manera de suaves desposorios, únense unas palabras con otras, unos con otros los pensamientos; y fundidas las voluntades como en una sola encarnación, expresan la idea grande, aunque vulgar, de varios cuerpos en un alma.

No es ya una mera simpatía lo que produce esta unión. Sobre lo que se ve, lo que aparece y atrae exteriormente hay el vivo impulso de concordias formadas al calor de un mismo espíritu de fe y de caridad.

Se buscan y se encuentran los buenos propósitos, y nada hay pequeño como se haga a favor de gentes agradecidas. Sea aviso. Consejo, plática o advertencia; sea en tono de persuasión, o por vía de recreo; lleve la mejor parte la emulación en bien, o llévela el silencio o la meditación, ello es que resultan de la buena conversación las íntimas alianzas. ¡Cosa grande tener mucho entendimiento, y muy apacible para todos!

Trabajar y orar emulando cada día adelantos en la virtud, y allegando, en paciencia, los méritos del sufrimiento a una vida de abnegación, es como, sin ruido de aplausos y sin vanidad estrepitosa, todo se deja para ponerlo en manos de Dios.

Vienen luego las divinas larguezas en forma de consuelos, o en la de prueba para más acrisolar la virtud; y sacando de la obediencia de un alma reconocida tesoros escondidos de poder, de querer y de actividad pasmosos, aparece el Señor admirable en los que le sirven.

Por dichosas esclavitudes se llega pronto y con seguridad a moradas pacíficas, donde ni abate la amargura, ni la contradicción exaspera, ni allí tocan los celos, ni hieren las envidias. Todo es ofrecer para merecer.

Ayudan poderosamente en las obras de espíritu el silencio de la noche y el despejo de la mañana. Es la aurora el precursor de la luz, que ligera a modo de ángel alado llega a imprimir en el alma los rayos de la verdad. ¡Señor! que vean claro las naciones ofuscadas; que las potestades no disipen en gastos de perdición los dones de paternidad y de consejo! Oigan los que educan, y besen la mano del sacerdote los hijos del Evangelio.

Perdidas van las gentes, y en su descamino arrastran el desamor de Dios a los pequeñuelos y a los incautos.

Las amigas de Teresa de Jesús oran por los extraviados. Oren y vigilen sobre sí mismas. Desdicha grande fuera cambiar piedades que consuelan por novedades que conturban. Sólo Dios basta.

Día de la Visitación de Nuestra Señora, 2 de julio de 1875.

+ El Obispo de Jaén.

SANTA TERESA DE JESÚS Y LA ESPAÑA DE HOY.

Andemos diligentes en contentar a Dios... y en pensar su vida y muerte... lo demás venga cuando el Señor quisiere.

(Santa Teresa de Jesús, Mor. 6, cap. 7)

Desde el siglo XVI Teresa de Jesús ha escrito para todos los siglos venideros. Elevada sobre la cumbre del saber humano; esclarecida Doctora de la Iglesia de Jesucristo, sus celestiales escritos destilan en abundancia sabias sentencias de sólida verdad que hallan con frecuencia aplicación, así en los acontecimientos que afectan al individuo como en las crisis funestas que atraviesan las sociedades.

Sabia y oportuna sobre todo encomio nos parece la sentencia que arriba copiamos, sacada del libro de las **Moradas**, perfectamente aplicable a la infortunada España de hoy, o sea a las presentes circunstancias que un día han de formar una nueva y triste época de sus desventuras. Sentencia tanto más atendible y digna de ser practicada por nosotros, cuanto que no es un hipócrita y sospechoso petulante quien nos habla: es una Santa y una santa como Teresa de Jesús; una hidalga española, cuyo acendrado amor patrio es indisputable, fuera de toda duda.

Habla Teresa de Jesús ante los males de su tiempo y el eco poderoso de su palabra escrita trasciende los siglos; y al llegar hasta nosotros con acento de convicción, unimos a ellos nuestra débil voz para clamar con esfuerzo a todo los españoles: “Andemos diligentes en contentar a Dios...y en pensar su vida y muerte... lo demás venga cuando el Señor quisiere”.

Hagamos un sucinto estudio sobre las palabras de nuestra Heroína.

“Andemos diligentes en contentar a Dios”.

El hombre no puede eludir el deber de contentar a Dios, de quien depende en todo, de honrarle, servirle y amarle: tal es su fin acá en la tierra, para gozarle después en perpetua eternidad. Mas ¿llenamos nosotros ese fin? ¿Está Dios contento de nosotros? ¿Qué diligencia ponemos en contentarle? ... Si examinamos nuestra conducta, ¿no es verdad que andamos diligentes en disgustarle?... ¿Está Dios contento de nosotros? No, no lo está seguramente, porque le ofendemos en lugar de desarmar su potente brazo; porque participamos de la tibieza, disipación y desamor de este siglo afeminado: he ahí por qué la España de hoy siente los rigores de la justicia de Dios.

Si en ese cielo que existe más allá del sepulcro, donde ni un suspiro puede venir a acíbar las dulzuras sempiternas de tan inefable beatitud, fuese posible pagar el amargo tributo de lágrimas al infortunio y a la desgracia, hoy desde ese mismo cielo Teresa de Jesús llorara como buena española los males de su amada patria; y si viviese entre nosotros no se contentaría con llorar; sabría encontrar remedio eficaz a tantos males andando diligente en contentar a Dios.

Pero esas lágrimas quedan reservadas a los que vivimos en esta tierra de sufrimientos y de dolor. Por eso lloramos sin cesar los males de nuestra pobre España. Pero ¿es esto bastante? ¿Ninguna otra diligencia nos incumbe para conseguir que cese la causa de ese llanto? ¿NO hallaremos un medio eficaz para acelerar los días de dura prueba? Sí, Teresa de Jesús lo enseña. **El andar diligentes en contentar a Dios.** ¿Sabéis cómo?

En pensar su vida y muerte. Así lo dice Teresa de Jesús.

Hoy al gemir nuestros corazones bajo el peso de tanta tribulación; ante los desastres de nuestra querida España, conviene cual nunca fijar seriamente nuestra atención en el divino Salvador Jesús. Vedle perseguido desde Belén hasta Getsemaní, y humillado desde Getsemaní hasta el Gólgota. Sus persecuciones, sus sufrimientos, su cruz, es la ingrata recompensa que recibe de mano de los hombres, acaso por el delito de haberles amado demasiado, por haber pasado por el mundo haciendo bien a todos. Pero Jesús viene a cumplir una misión sublime y divina, y debe darnos ejemplo. ¿Os alienta este ejemplo del divino Mártir? ¿No encontramos aquí motivos de resignación y de amor al sufrimiento? ¡No los encontramos! Mas ¿cómo hemos de encontrarlos si no acompañamos al buen Jesús en sus aflicciones, si no pensamos en recogimiento su vida y muerte de un Dios?

Es necesaria la meditación de los misterios de Jesucristo. Teresa de Jesús lo dice: “**Es larga la vida y muchas las penas,** y se necesita mirar a Jesús cómo las pasó...para llevarlas con perfección...”

Jesús pasó sus penas con perfección. ¿Sabéis por qué? Porque hizo en todo la voluntad del Padre celestial. ¿Por qué, pues, no hacemos nosotros esa misma voluntad? ¿Por qué contradecemos con culpas sin medida a sus designios de amor sobre nosotros? ¿Por qué no amamos el recogimiento, la penitencia y la oración? ¿Por qué no nos acogemos a la meditación de los misterios de la vida y muerte del Señor con Teresa de Jesús? ¿Sabéis qué nos va en ello? La misma Santa lo insinúa al decir: “Lo demás venga cuando el Señor quisiere”.

Sí, cuando el Señor quisiere, cuando el Señor sea servido, cuando el Señor quedare contento de nuestra vida y nuestras obras, entonces precisamente vendrá ese **demás**, que es para nosotros el triunfo de la Iglesia perseguida en su Jefe y sus ministros; el reinado de Jesucristo en todos los corazones; el imperio de la verdad y de la justicia oprimida; la paz cristiana; la salvación del mundo; **la salvación de España.**

¿Qué hacemos para ello? ¿Qué debemos hacer? No basta gemir ni llorar: es además necesario orar y aplacar a Dios por la penitencia, e inclinar su misericordia con alentados gritos de ¡clemencia! y de ¡perdón!

Teresa es toda de Jesús; lo puede todo cerca de Jesús; conoce bien su voluntad. ¿Quién es, pues, ese católico español que, necio y temerario, desoye el grito poderoso de la Esposa de Jesús, cuando desde el siglo XVI clama con el celo y ardimiento de la mejor patricia por el bien de la Iglesia y de España: “Andemos diligentes en contentar a Dios...y en pensar su vida y su muerte?”

Católicos españoles, es Teresa de Jesús quien nos habla. Escuchad dóciles su voz: seguid fieles su consejo; imitad constantes su ejemplo. "Lo demás... venga cuando el Señor quisiere".

V. A. Z.

INSTALACIÓN DE LA ASOCIACIÓN TERESIANA EN BARCELONA

Como ya lo indicamos, aunque ligeramente, en nuestro número anterior, la Asociación Teresiana quedó canónicamente instalada en la capital del Principado de dos distintas parroquias, a saber: primero en la de Santa Madrona, y después con mayor solemnidad en la más grandiosa y más céntrica de Nuestra Señora del Pino.

No dudamos en afirmar que santa Teresa de Jesús presidió con su espíritu de discreción, en ambos puntos, las reuniones preparatorias, en que se hicieron los nombramientos para las juntas de gobierno, pues en todas las jóvenes que han entrado a formar parte de ellas, nos ha sido dado descubrir con harta satisfacción de nuestra alma grandes alientos y espíritu levantado para llevar siempre adelante la simpática y salvadora enseñanza de nuestra heroica y esclarecida Paisana.

Cierto que ningún derecho teníamos nosotros para dudar de que la culta Barcelona acogería con agrado nuestra querida Asociación, nacida a orillas del Ebro en Cataluña; pero no podíamos imaginar siquiera, y eso es decir mucho, que tan pronto y por tan maravillosa manera Teresa de Jesús se acreditase, como en todas partes, de saber conmover los corazones y entusiasmar las almas, sobre todo de las jóvenes, en esta rica y populosa capital, en donde por demás es sabido que no son por desgracia las asociaciones espirituales las que en los actuales tiempos logran ejercer mayor y saludable influencia sobre los corazones. A pesar de esto, Teresa de Jesús ha demostrado ya quién es en su primera aparición, digámoslo así, a los barceloneses, entre los cuales se ha escogido una falange de corazones delicados y almas animosas que atraídas por el encanto irresistible de sus gracias embelesadoras, e inspirándose en su celo y virtudes heroicas, a otra cosa no aspiran que a cooperar a extender el reinado de Cristo Jesús en la tierra. Séanos lícito recordar a este propósito las palabras que en aquella capital nos dirigió una muy distinguida persona.- Pues, amigos míos, nos dijo, nunca creí que santa Teresa metiese aquí tanto ruido.- Pues, espere V., contestamos, y verá grandes cosas.

Nada nos permitiremos decir en particular de las distinguidas jóvenes que componen la junta de gobierno⁴, sólo indicaremos que, dulcemente llevadas y traídas sin saber cómo (al decir de ellas) por la gran **bullidora** Teresa de Jesús, que bien sabe lo que hace, nos prometemos con gran fundamento y se promete el buen Jesús de Teresa, de los esfuerzos de las asociadas, abundante cosecha de exquisitos frutos de salud y de gracia en el dilatado campo de la ciudad de los Condes.

Hemos, hace tiempo, observado que la discretísima santa Teresa de Jesús, decidida amiga, cuando vivía en la tierra, de teólogos y letrados, como ella suele decir, no ha olvidado, ahora que vive en el cielo, su afición a este linaje de espíritus, adornados con las prendas de talento y discreción, pues hemos podido notar cómo en todas partes se escoge para sí a sujetos que avaloran sus virtudes cristianas con las preciadas dotes de la inteligencia. En esta creencia nos ha confirmado más y más lo que hemos visto en Barcelona, Tarragona y otros puntos, donde ¡loado sea Dios! la elección de directores ha regocijado por extremo nuestro corazón, haciéndole concebir las más bellas esperanzas.

Mas digamos ya algo de la solemnidad religiosa con que se inauguró en la parroquia de Nuestra Señora del Pino nuestra querida Asociación. Este suceso tuvo lugar el día 11 del pasado julio, siendo anunciado la víspera por un gran repique de campanas. A las siete de la mañana hubo Comunión general en la espaciosa y recogida capilla de Comunión de dicha iglesia, a la cual asistió una grande e inusitada concurrencia de señorotas, cuyo precioso espectáculo no pudo menos de sorprender agradablemente al Rdo. Cura ecónomo de la

⁴ Es director de la misma el Dr. D. Salvador Casañas, Pbro., Vice-rector del seminario; Vice-directores, el Dr. D. Manuel de Ros y el Rdo. Juliá, Pbro., catedrático del seminario; Hermana mayor, D^a Luisa Ferrer; Vice-Hermana mayor, D^a Josefa Fontanellas; Secretaria, D^a Consuelo Guillén; Vice-secretaria, D^a Mercedes Guillén; Celadoras mayores, D^a Dolores Nicolau y D^a Ramona Volart; Conciliarías, D^a Magdalena Arbós y D^a Irene Sacristía; Sacristanas, D^a Balbina Martí y D^a Ramona Casañas

Parroquia y director de la Asociación teresiana, el Dr. D. Salvador Casañas. El señor Director de la Revista, que a la sazón se hallaba en Barcelona, fue invitado a distribuir el Pan eucarístico a todas aquellas interesantes jóvenes, dirigiéndoles antes de acercarse a la sagrada Mesa una fervorosa plática de preparación. Nosotros quisiéramos que ellas mismas nos dijese todo cuanto sus corazones sintieron en aquellos inolvidables momentos. Por primera vez acaso se vieron interiormente acompañadas por la amable sombra de Teresa de Jesús al ir a gustar de las castas e inefables delicias de Aquel que se complacía en llamarse Jesús de Teresa, y ¡oh! no creemos ser demasiado atrevidos si aseguramos que con tan buena y dulce compañía sus almas se sintieron como arder en nuevas y desconocidas llamas, y que sus corazones se sintieron más contentos de sí mismos después de albergar en sus senos al limpio Amador de las almas puras.

La función de la tarde tuvo lugar en la misma iglesia a las siete. Se comenzó con el Trisagio de la santísima Trinidad cantado a voces y órgano, cantándose a seguida la hermosa plegaria de las Hijas de santa Teresa. El fundador de la Asociación subió entre tanto al púlpito, desde donde dio a conocer, a grandes y escogidos rasgos, la portentosa figura de la Heroína española, Teresa de Jesús, logrando cautivar la atención del numeroso y escogido auditorio, que ante sus ojos veía como surgir, al acento del teresiano orador, la simpática y amable sombra de nuestra insigne Paisana, altísima gloria de nuestra nación, y de todas las otras perpetuamente envidiada.

Inundado de gozo estaba nuestro corazón viendo ya en Barcelona levantada la nobilísima enseña de Teresa, y viendo como a cobijarse bajo sus pliegues se apresuraban los animosos corazones de las jóvenes católicas, en los cuales aquella alma graciosísima, que en la tierra se llamó la **añagaza de Dios**, había sin duda dejado caer alguna centella del divino fuego que la devoraba. Pero las que no podían ocultar el piadoso entusiasmo y dulce contentamiento que las embargaba, eran las interesantes jóvenes escogidas para formar la Junta, que a la presencia del Señor sacramentado, a la vista del Ilmo. Prelado y de todos los fieles, puestas de rodillas y con cirios encendidos en las manos, hicieron la solemne protesta de renunciar a Satanás, sus pompas y vanidades, y de no avergonzarse de su profesión de cristianas. Estamos seguros que no había allí ninguna joven, sobre todo, que no hiciesen suyas aquellas valientes y edificantes palabras, que tanta y tan saludable impresión hacen (nosotros lo sabemos) en los corazones no maleados completamente de nuestra juventud femenil.

A continuación dio el Ilmo. Sr. Obispo la bendición con el santísimo Sacramento a los fieles, dándose por terminada la religiosa y teresiana función.

Adelante, pues, jóvenes católicas de Barcelona: ancho campo se abre a la actividad de vuestro celo por los intereses de Jesús de Teresa; lleváis a esta por capitana, cuyo esfuerzo soberano atestiguan los lauros innumerables alcanzados sobre todos sus enemigos, lauros que vosotras veréis reverdecidos ciñendo vuestras frentes. Porque estamos seguros que ella no abandonará a sus Hijas, no las abandona ya; y de aquel tesoro de fuerzas y energías santas que ella poseía, hará desprender sobre vuestros corazones débiles de mujer nuevos y desconocidos alientos para emprender y llevar a término feliz grandes cosas para la gloria del divino Jesús.

A.

Un amigo nuestro muy amado, por serlo también de Jesús y su Teresa, nos remite el siguiente oportuno escrito, que no vacilamos en hacer nuestro, recomendando muy eficazmente su lectura a todos los amantes de Teresa de Jesús, y en especial a sus hijas las jóvenes católicas, a quienes va preferentemente dirigido. Dice así el amigo teresiano:

Señor Director de la Revista intitulada **Santa Teresa de Jesús**.

Muy señor mío: La falta de buenos operarios evangélicos despertó en mí el deseo de recordar a las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús la obligación general de orar, para que el buen Jesús envía buenos letrados, predicadores y confesores a su Iglesia, ya que tal es la voluntad expresa de la que tienen por Madre y Protectora. Porque así lo reclama el triste estado de la Iglesia en España, la buena dirección de las almas y sobre todo la de su querida Asociación, tomé la resolución de llevar a cabo mi pensamiento. Si el siguiente escrito es digno de ver la luz pública, y trata oportunamente de los fines que me propuse, lo remito a V. para que lo haga publicar en su ilustrada **Revista**.

Suyo en Jesús de Teresa,- L. S.

UN RECUERDO A LAS HIJAS DE TERESA DE JESÚS

Había de ser muy continua nuestra oración por estos (esto es, buenos letrados y confesores) que nos dan luz. (*Vida de santa Teresa, cap. XIII*).

Mirar el mundo sin estremecerse sería osada temeridad. Toda la tierra está desolada, y son tantos los males que a la Iglesia y a la sociedad afligen, que no hay corazón, aún de los más ruines, que sufrirlo pueda, -podríamos exclamar, valiéndonos del dolorido lenguaje de la gran Santa Teresa de Jesús al lamentarse de los males de su tiempo. El mayor de los males en esta vida es la pérdida de la fe. He aquí por qué ante todas las cosas debemos los que nos preciamos de buenos católicos trabajar para que no falte la fe, que es el principio de toda justificación. Perder este depósito sagrado debe ser nuestra mayor pena. Teresa de Jesús, que hubiera dado mil vidas por la fe de la Iglesia, no descuidó de cumplir tan sagrada obligación. Por eso un día llena de profunda humildad declaró la obligación que tienen los cristianos de orar por aquellos que, como buenos capitanes, han de pelear contra los ataques de la herejía y de la impiedad. “Bendito seáis Vos, decía, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicisteis; mas alabaos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten. Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia?”⁵. Oh Santa mía! tú llorabas los males y perjuicios que se hacían por la Reforma protestante allá fuera de tu patria; pero en medio de tanto desconsuelo holgabas de ver reunidas en torno tuyo tus hijas, que dirigían ardientes súplicas al Amado de tu alma; también sabías, oh Teresa santa mía, que España tu patria amada contaba con un ejército numeroso y aguerrido de almas santa para combatir el mal, caso que hubiese levantado bandera de combate en tu suelo. Mas ¡ay! hoy día sí que han de ser más vivas y dolorosas las penas de tu corazón, viendo siempre a la distinguida España abandonada en manos de la indiferencia, y lo que es peor, a una infinidad de sus hijos que no se acuerdan ya de su dignidad de cristianos y menos de su último fin. Las espinas que brotan de tu seráfico corazón señales son de pena y dolor. Padeces y sufres, sin duda, por los extravíos de los españoles; pero más sufres y padeces por el estado lastimero de la Iglesia en España.

Así debe ser, amadas Teresianas, cuando paréceme oír estas sentidas palabras, que la fuerza del dolor arranca del corazón angustiado de nuestra Santa: “No temo a la impiedad, de sí débil y cobarde; otra cosa hay que inquieta y sufrir mucho hace a mi corazón, y es ver despojada a la Iglesia de sus bienes, sin apenas tener santos y sabios Ministros que puedan valerosamente combatir aquella, y ser guía de las almas que buscan y siguen la luz del santo Evangelio”.

¡Qué extraño fuera que así exclamase, oh amada Teresianas, vuestra buena Madre? Si yo ruin y pobre de virtudes gimo más de una vez en el desconsuelo, porque siento grandemente la falta de operarios evangélicos, ¿cuánto más no sufrirá aquel corazón seráfico abrasado de puro amor divino? Jesús de Teresa reinaría en muchos más corazones, si hubiese más letrados y celosos sacerdotes que predicasen las verdades de la Religión, y se consagrasen a la dirección de las almas en el tribunal de la Penitencia. ¡Oh! ¡cuánta falta se experimenta en todas partes! Son muchos los que piden el pan de la divina doctrina, de sabios y santos consejos, y con dificultad se encuentran sacerdotes aptos que desempeñen tan alto ministerio. Siendo en escaso número y de poco valer, ¿cómo se salvarán los intereses de Jesús, que son el aumento de la Iglesia y salvación de las almas, rescatadas por el precio de su sangre? ¿Y qué diré, Hermanas mías, de la gloria de Jesús de Teresa, que reina principalmente en las almas reales, de corazón puro y recto? Escaseará en demasía, si pronto no aparecen operarios sabios y celosos que quieran formar corazones inmaculados según el tipo de Teresa de Jesús. Sobre todo, Hermanas mías en Jesús, son necesarios los sabios y buenos sacerdotes para dirigir vuestra querida Asociación. ¡Ah! ¿Por qué callarlo? Esto mismo impide ahora que la Asociación Teresiana se funde en algunos pueblos, o que, fundada, marche con la regularidad y buen acierto que merece. ¿Qué hacer, pues? Como buenas hijas de Teresa de Jesús, orar, y mucho orar, para que el Señor se digne enviar pronto a la viña de su Iglesia buenos letrados, predicadores ilustres, fervorosos y sabios confesores. Teresa de Jesús con estas palabras: “Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz”, enseña y recuerda a todos los cristianos un sagrado deber, que todos han de cumplir: a

⁵ Vida de la Santa, cap. XIII.

vosotras, como buena Madre, lo encarece y manda. “¿No es verdad, hijas mías, os dice Teresa de Jesús, que hay obligación de orar por los bienhechores? ¿Y qué mayores bienhechores que los que trabajan siempre por la salud eterna de vuestras almas? Hijas mías; alma salvada, todo salvado; alma condenada, todo perdido. Sea, pues, vuestra oración muy continua por los letrados, confesores y defensores de la Iglesia”.

Asociadas, pues, por santa Teresa para orar, orad, Hermanas mías, con este fin, que tal es la voluntad claramente expresa en el libro de su vida y camino de perfección. Si así lo hacéis, pronto veréis cómo a pesar de los calamitosos tiempos en que vivimos; a pesar del abandono general en que se halla la Iglesia, y de la sistemática oposición que se la hace por parte de sus émulos, nacerán tiernos arbolitos, que llenos de virtud y de vida de Dios, vendrán a ser un día como robustos cedros, el sostén, la gloria y el consuelo de la Esposa de Jesús en la tierra. Sabed que las oraciones al cielo con este fin dirigidas no han sido estériles ya, porque jóvenes antes distraídos, o menos fervorosos, son ahora celosos defensores y propagadores de la gloria de Jesús, trabajando sin descanso en la salvación de las almas. ¿A qué es debido tan rápido y prodigioso cambio? A no otra cosa que a la oración de los niños, que agradecidos piden y ruegan a Jesús por los Catequistas; y su oración, pura y humilde, penetra los cielos, y todo lo puede y todo lo alcanza. Lo mismo sucederá con vuestra oración. Yo me uno a vosotras, Hijas de María y Teresa de Jesús, para que mi pobre oración, asociada a la oración común, tenga mayor eficacia, conforme a la promesa de Dios que dice: Dónde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”. No dos o tres, sino miles de puras oraciones son las que se dirigen cada día al trono del Eterno por las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Presentadas estas multiplicadas súplicas por vuestra Madre santa Teresa a su Esposo, ¿podrá dejar éste de aceptarlas? No, mil veces no. Está la palabra de Jesús empeñada, y no faltará. A orar, pues, todos desde hoy más que nunca; y si nuestra oración va acompañada de verdadera humildad y confianza, pronto veremos milagros en muchas almas, que se consagrarán a extender el reinado de Cristo Jesús sobre la tierra.

El que es nuestro más tierno Padre en este mundo, Pío IX el Grande, poco o nada confía en los hombres: pero sí todo lo espera de la oración. “Se ora mucho, ha dicho, y se ora mejor: una vez más se salvará el mundo”. Estas son sus palabras: grabadlas fuertemente en vuestros corazones, como impresas están ya en el mío. Porque así orando, Hermanas mías en Jesús de Teresa, trabajaréis no poco en bien de la Iglesia, de la salud de las almas de vuestros hermanos, y aseguraréis vuestra propia santificación y salvación, a la que os encamináis todas desde ahora con el ejercicio de tan santas obras. Así sea para todas vosotras y para quien os ama en el Señor Jesús y su Teresa.- L. S.

LA CRUZ DE CAÑA

- Buenas tardes, tío Gregorio.
- Muy buenas tenga V., Sr. D. Juan. ¿Tanto de bueno por mi casa?
- Sí, amigo. Estaba pasando por ahí cerca, y... ¡no faltaba más! vamos a ver al tío Gregorio, me he dicho, a ver si me cuenta algo de bueno que me consuele y haga bien.
- Eso V. es quien me lo hará a mí, Sr. D. Juan. Porque uno es ya un pedazo de tierra, y, dígame, V., ¿qué puede saber un pobre viejo como yo?
- ¡Oh! mucho, precisamente por esto; porque ya es anciano y ha visto V. mucho y sabe otro tanto, por eso es que yo recurro a V. Eso sí, quiero que hoy me diga V. algo de santa Teresa, porque lo necesito, ¿sabe V.? Tengo unos amigos que se desviven por saber cosas de la graciosa Santa, y la verdad es que hoy nada me ocurre para decirles. Mas confié que V. va a sacarme de este apuro.
- Vamos, siempre estará V. de humor, Sr. D. Juan. ¡Que le saque yo de apuros! ¡Oh! y quiere V. que le cuente cosas de santa Teresa, nada menos, de quien, aunque muy despabilada, se rió una vez con mucha gracia Su Divina Majestad; ¡de esa grande Santa quiere que le cuente! Vamos, calle V. por Dios.
- ¿Su Divina Majestad dice V. que se rió?
- ¡Vaya! y que se la pegó muy bonitamente.
- ¿Pero a santa Teresa? ¿Y lo sabe V. bien, tío Gregorio?
- Como tres y dos son cinco. Yo no sé qué libros leen Vds. que no han encontrado esto. Pues fue el caso que una vez sucedió que santa Teresa estaba mirando desde una ventana de

su convento una procesión muy lucida que pasaba al anochecer por la calle. Iban allí muchos sacerdotes en sobrepelliz, cantando yo no sé qué cantos, acompañándoles lo mejor y más granado del pueblo. Recuerdo que me decía mi abuelo, que esté en gloria, que los mozos llevaban en la procesión una imagen muy devota del Señor crucificado que solamente era sacada una vez al año, y que con sus miradas yo no sé qué tenían que, vamos, hacían llorar hasta los más endurecidos pecadores. Ahora dígame V. lo que había de suceder con santa Teresa al ver aquellos lastimosos y piadosos ojos de su Jesús crucificado. Llevaban también en una peana, toda de oro, una imagen de la Virgen María, que era lo que había que ver. Otras y otras peanas acompañadas de sus devotos con cirios encendidos en las manos pasaron por delante de los ojos de Teresa, todo lo cual se lo estaba mirando desde su ventana la Santa como embebecida y fuera de sí al ver tanta hermosura junta. Esto, como digo, agradaba tanto a Teresa, que el corazón le daba vuelcos de alegría dentro de su pecho. Pero no es eso lo que más le llamó la atención: ¿qué va a que no lo adivina V., Sr. D. Juan?

- ¿Serían los pendones de color y que flotarían en el aire?

- ¡Ca! no, señor.

- ¿Por ventura los niños de coro cantando graciosas letrillas?

- Tampoco.

- Pues no sé. ¿Acaso serían las hachas y faroles que, formando hileras, tan bonitos parecen de noche en las procesiones?

- Menos aún.

- ¡Ah! Ya lo sé. Serían los frailecitos pasando de dos en dos con sus variados y holgados hábitos y edificando a todo el mundo con su piedad.

- No, señor; no, señor.

- ¿Pues qué era? Diga V. ¿Tal vez el ruido de las campanas al vuelo, cuando todas las gentes se arrodillan en la calle al pasar el Señor, y le piden misericordia? Vamos, ¿era eso?

- ¿Qué había de ser eso, hombre?

- Pues lo que es yo no estoy para romperme más la cabeza; dígamelo V., que ya me doy por vencido.

- ¿Sí? Pues ha de saber V. que lo que más llamó la atención a santa Teresa asomada a la ventana del convento, ni fue la imagen del divino Redentor, aunque era muy piadosa; ni fue la de la Virgen María, por más que fuese, que lo era, hermosa como cien soles; ni las de los demás Santos, que eran a cual mejor; ni fueron aquellos hermosos pendones que daba gusto cómo los abofeteaba el viento; ni la multitud de luces brillando como estrellas en la oscuridad; ni las muchísimas gentes que desde las ventanas y desde la calle estaban mirando cómo pasaba la procesión, dando señales claras de su veneración y piedad; ni...

- ¡Canario! acabe V. Pues ¿qué era?

- Yo se lo diré a V. Iba detrás de toda la procesión una monja carmelita que muy poquito a poco, y haciendo grandes esfuerzos, caminaba llevando asida de ambas manos una cruz.

- Sería, es claro, una enorme cruz de bronce o de hierro; ¿y cómo había de poder llevarla la pobrecita?

- Pues no, señor. El caso es que la pobrecita monja, por más que hacía de tripas corazón, no podía con la cruz, y a punto estuvo de dar de bruces en el suelo muchas veces, que crea V. que daba lástima. Y eso que la cruz era de...

- ¿De qué?

- De caña.

- ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

- ¿Se ríe V.? También se rió desde su ventana santa Teresa al ver a la pobre carmelita haciendo esfuerzos desesperados para llevar la cruz de caña. Pero sepa V., y aquí está lo bueno, que en aquel mismo momento se le apareció junto a ella su Divina Majestad, el cual viendo a su Teresa comiéndose a duras penas la risa no pudo menos de decirle: - ¡Hola! Teresa; ¡estamos muy contentos! ¿podrá saberse de qué te ríes tanto?- ¿Pues no he de reírme, Señor? Asíme su Divina Majestad por esta ventana, y verá lo más divertido del mundo. Asómese su Divina Majestad y se echó a reír, diciendo al mismo tiempo: ¿Pero no has mirado bien quién es aquella monja?- No le he visto aún la cara, contestó Teresa.- Pues mírala bien, y conocerás que no es otra que Teresa de Jesús. ¡Teresa de Jesús no pudiendo con una cruz de caña! ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... Riámonos enhorabuena.

Ante una respuesta tan inesperada la risa se le secó en los labios a Teresa, so pena de burlarse de ella misma, pero el Señor continuó riendo del papel poco airoso que hacía Teresa en la procesión.

- Con que ¿qué le parece a V., Sr. D. Juan? ¿se la pegó o no su Divina Majestad a santa Teresa?

- ¡Vaya, si se rió de ella, tío Gregorio!

Yo entonces me di a pensar lo que podría significar la cruz de caña llevada por las manos de Teresa, que tantas y tan pesadas llevó durante toda su vida, como que ellas eran su gozo y alegría, según ella aseguraba; de suerte que no dudaba en afirmar que "las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por su Cristo y su Religión eran regalos y mercedes para ella". Acaso quiso el Señor significarle con esto (dado que en la peregrina narración del tío Gregorio queramos buscar alguna enseñanza) que todas las cruces, por pesadas que ellas fuesen, que él enviaba a su Teresa, eran ligeras y de poco tomo ayudándole su Divina Majestad a llevarlas.

Aunque si yo he de decir la verdad, lo que a mi parecer resalta más en estas narraciones y cuentos populares, en que un papel tan importante representa santa Teresa, no es otra cosa que la cariñosa intimidad de amigos y perfecta inteligencia de enamorados que existía entre Jesús y su amadísima Teresa. Como tales, esto es, como amante y amada me los figuro en el cuento del tío Gregorio, donde se ve a Jesús cómo ganoso de deleitarse con una de las almas más puras que han existido. A este fin hace que se ofrezca a los ojos de Teresa un espectáculo en tanta manera gracioso que llegue a excitar su risa, todo con la intención inocentemente maliciosa de que sus graciosas burlerías vengan a recaer sobre ella misma, de quien no acaba de reírse donosamente el mismo Jesús. Así, divirtiéndose con estas deliciosas jugarretas propias de enamorados, es como la piadosa imaginación de nuestro pueblo nos pinta a Jesús y su Teresa, a través de cuyas imágenes, que no dejan de ser chistosas y originales muchas veces, nadie hay que no sepa descubrir la íntima y estrecha unión que había entre el divino Jesús y el alma inocentísima de Teresa.

Mas dejándome de cavilaciones, que yo no sé si vienen a cuento, pero sí sé que no son del cuento, me dirigí al tío Gregorio, diciéndole al tiempo de levantarme y coger el sombrero:

- Pero ¿en qué quedamos? ¿me cuenta o no me cuenta V. algo de santa Teresa?

- Pero ¿si se lo he dicho ya, Sr. D. Juan! ¿no ve V. que uno no sabe donde tiene su mano derecha? ¿Pues cómo quiere que le diga este zopenco cosas de santa Teresa? Aunque eso sí que lo digo: si yo tuviese memoria y me acordase de lo que me contaba mi abuelo, que Dios haya, créame V. que se iba a chupar los dedos de gusto. Porque, vamos, lo que es él, cuando se ponía a contar cosas de santa Teresa, se podían alquilar sillas para oírle.

- Pues nada; procure V. entre tanto recordar alguna de aquellas cosas tan sabrosas para otra tarde, que yo le aseguro, tío Gregorio, que no se hará de esperar; dije, despidiéndome de mi anciano amigo.

No hay remedio, pensé enseguida. Lo que es hoy voy a decirles a mis buenos amigos que no cesan de pedirme cuentos teresianos, que me dispensen por esta vez. Y si tanto llegasen a apurarme, porque hasta este extremo les podría llevar su afición a las cosas de la Santa, les diría sin andarme con rodeos: pues, chicos, perdonad. Yo no sé inventar fábulas ni forjar mentiras, y si algo os cuento, es preciso que venga un tío Gregorio de carne y huesos que me lo cuente a mí antes, salvo si acierto a dar con alguna abuelita como la de marras, que en un dos por tres me meta en el cuerpo un cuento de los sonados. En cuanto a abuelitas como aquella, no he podido topar con ninguna ni por un ojo de la cara; y en cuanto al tío Gregorio, ya habéis visto que no está hoy para cuentos.

Pero si así y todo quisierais un cuento teresiano, ¡qué diantre! casi me vienen tentaciones de deciros, no importa que con ello haya de enojaros: -¿Con qué decís que queréis un cuento?... Pues ya lo tenéis. Apuntad lo que acaba de contarme el tío Gregorio, añadid lo que yo en voz alta he pensado, poned a esto un título cualquiera, que por eso no hemos de reñir: **La cruz de caña**, por ejemplo; y cata aquí que tenéis un cuento teresiano, flamante, original, que no hay más que pedir.

Mas quiero aprovechar un poco de papel en blanco que me queda, para deciros, mis buenos amigos, que la **cruz de caña** ¿sabéis vosotros quien la lleva? Pues, sí señores, sois vosotros mismos y yo también, por supuesto, quienes llevamos sendas cruces de caña, que no otra cosa pueden llamarse las pequeñas cruces que nos envía su Divina Majestad. Cruces de caña, y muy de caña, sí señor, son esas pequeñas tribulaciones, esas ligeras contrariedades, esos trabajos tan grandes si se ha de creer a nosotros, pero de tan poca monta en realidad, y que sin embargo (preciso es confesarlo) dan al traste con todas nuestras fuerzas, merced a nuestra cobardía y nuestra desconfianza en el Señor. Yo, amigos míos, no lo sé; pero mucho me temo que de nosotros lo mismo que también de vosotras, jóvenes teresianas, venga a

reírse su Divina Majestad (y no con tanto gusto como se reía de Teresa) cuando nos mira tropezando y cayendo - ¡y ojalá no sea del todo caídos!

El Señor nos dé fuerzas para llevarla, ya que de caña y todo como ella es, malhaya si podemos por nosotros mismos levantarla un solo palmo del suelo.- J. A. y A.

EL CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

ESCENA ÚNICA

(Mercedes, celadora de la Asociación teresiana, estando sentada en su habitación, enseña a Concepción, su hermanita y aspirante de la misma Asociación, una fotografía que representa el Corazón herido y espinado de santa Teresa de Jesús).

MERCEDES. Acércate, date prisa,
si quieres ver, Concepción,
la copia del Corazón
de la bendita Teresa

CONCEPCIÓN. ¡Hermosa fotografía! (contemplándola)
¿y es al Corazón igual?

MERCEDES. Es copia del natural
como se conserva hoy día.

CONCEPCIÓN. ¡Ay Jesús! ¡qué linda cosa!
¿Y dónde está ese portento?

MERCEDES. Lo guardan en el convento
de Alba de Tormes, curiosa.

CONCEPCIÓN. Deja que lo mire bien... (lo toma en las manos)
Mas no me basta mirarlo:
quiero mil veces besarlo... (lo besa repetidas veces)
¡bendito por siempre, amén!

MERCEDES. Déjalo ya, porque creo
que te lo vas a comer.

CONCEPCIÓN. ¡Cómo no lo he de querer!...
Mas ¿qué es esto que aquí veo? (señalando la cisura
del corazón)

MERCEDES. Dime: ¿qué ves, Concepción?

CONCEPCIÓN. ¿Sabrás decir qué figura
esta especie de abertura
tan larga en el Corazón?

MERCEDES. Sí lo sé, hermana querida:
mamá un día me contó
que un Serafín se lo hirió
con una flecha encendida.

CONCEPCIÓN. ¡Mira tú, y qué gracia fue esa!
¡quererla un ángel herir!
¡Cuánto habría de sufrir
la pobrecita Teresa!

MERCEDES. Calla, tonta, que el amor
que Teresa a Dios tenía
el pecho la consumía
con su vivísimo ardor.
“Yo muero porque no muero”,
ella solía decir,
pues no podía sufrir
llamas de un ardor tan fiero.
Y se hubiera muerto, al fin,
hecho el corazón pavesa,
si a las voces de Teresa

no acudiese un Serafín,
que con una flecha de oro,
llevando en la punta fuego,
tal flechazo le dio luego
capaz de matar a un toro.

CONCEPCIÓN. ¿Y no murió de dolor?

MERCEDES. ¡Y qué había de morir,
si comenzaba a vivir
entonces vida de amor!
En su corazón, cerrado
de amor el incendio estaba,
y a respirar comenzaba,
como un volcán abrasado,
por aquella misma herida
que el buen Serafín le abrió.

CONCEPCIÓN. ¿Mas ningún dolor sintió?

MERCEDES. Fue tan grande y sin medida
(ten por cierto y no te engañas)
que su saeta al sacarle
se creyó que iba a arrancarle
el Serafín las entrañas.
Pero a la vez era tal
el deleite que sentía,
que nunca verse querría
libre de tal dulce mal.

¿Entiendes ya, curiosilla,
la historia de esa abertura
que, Dios queriéndolo, dura
cual viviente maravilla?

CONCEPCIÓN. La entiendo ya, mas deseo
saber el significado
de esos palillos que al lado
del Corazón crecer veo.

MERCEDES. Esas son, hermana, espinas
que brotan del Corazón.

CONCEPCIÓN. ¿Y por qué unas largas son
y otras muy cortas? ¿Lo atinas?

MERCEDES. Es porque brotaron unas
hace ya tiempo, después
brotaron las que aquí ves
más cortitas, y hoy algunas
formando un haz van saliendo
por suerte maravillosa.

CONCEPCIÓN. ¡Será cosa maravillosa!

MERCEDES. Todos tal están diciendo.

CONCEPCIÓN. ¿Y por qué deben brotar
del Corazón de Teresa?

MERCEDES. Hermana, la causa esa
yo no me la sé explicar.
Aunque mamá me decía
(de la Santa tan devota):
“¡Ay! cuando una espina brota,
la Iglesia sufre, hija mía,
alguna nueva pasión,
pues de Dios la amante ardiente
quiere mostrar cuánto siente
males de la Religión”.

CONCEPCIÓN. Según a creer me inclinas,
sufre la Iglesia hoy más penas,
pues salen hoy a docenas

del Corazón las espinas.
MERCEDES. ¡Ay, y cuán triste verdad
la que acabas de decir!...
¡Cuándo, oh Dios, se ha de extinguir
tan horrenda tempestad!
(Se oye una voz)
CONCEPCIÓN. Mamás nos llama, Mercedes.
MERCEDES. ¡Ah! nos llama a la oración...
Vamos a orar, Concepción,
por la Iglesia... No te quedes.
(Se van las dos)

J. A. A.

(Desierto de las Palmas, frente al bellissimo cuadro de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús, día 8 de agosto de 1875).

DICHO QUE LA VENERABLE MADRE ANA DE JESÚS

DIJO POR LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE NUESTRA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

A la nona pregunta, ¿de que si Nuestro Señor obró después de la muerte de la dicha Madre Teresa de Jesús por medio de su intercesión y de su cuerpo y reliquias algunos milagros?

En muriendo la dicha Madre, me enviaron a Granada un pedazo de la sábana sobre que había muerto, y otras partes de sus tocas y hábitos en que iba el color y olor de óleo, que hoy en día sale de su cuerpo, aunque entonces lo habían enterrado, y no visto lo que después, que como digo, enviáronme esto en muriendo.- Yo, como la conocía, tuve tanta devoción con ello, que escribiéndome la duquesa de Sesa, desde Baena, desde Juan de Guzmán, marido de la marquesa de Ardales, quedaba desahuciado de los médicos, y ya en lo último, y que por la posta enviaran aquel mensajero, para que le ayudásemos con oraciones, hísoseme tanta lástima, que comencé a pedir a la santa Madre nos ayudase a alcanzar de Dios su vida, y al punto me dio deseo de enviar algunas de sus reliquias que pusiesen al enfermo. No me atreví sin comunicarlo con el Rector de la Compañía, que entonces me confesaba, por ser la Madre tan poco había muerto, y no haberse comenzado a ayudar de sus reliquias, ni ser conocida en aquella tierra. El Rector, que era el Padre Juan Jerónimo, me mandó que le enviase luego la reliquia, era un poquito de su hábito, fue metido en la carta, y al punto se lo pusieron al enfermo, y me escribieron milagrosamente había sanado, y así quedaron estas señoras agradecidísimas, tanto, que nos ofrecieron de balde para fundar nuestro convento en Granada las casas del gran Capitán que allí tienen. No se pudo cumplir su deseo entonces, por algunos pleitos que sobre el Estado había, mas después las hubimos por muy poco, que fue menester dar a D. Luis de Córdoba, y así tenemos hoy el convento en ellas.

Luego aquel año, o el siguiente, que no me acuerdo bien, hubo la peste en Sevilla, y comenzó a herir algunas personas en Granada. Y en nuestro convento de los Descalzos en una semana cayeron dos frailes muertos a deshora, decían que heridos de la peste; y en esta semana, estando el prior⁶ del convento diciendo misa en el nuestro, se sintió herido, con tan gran dolor y calentura que le dio luego, que no pudo salir de la iglesia, y fue forzoso ponerle un colchón junto al altar, en que se echase, y en él en peso le llevaron casi muerto al aposento de nuestros donados, que estaba en la portería. En viniendo los médicos, le mandaron cerrar, tanto, que viniendo personas graves a visitarle aquel día, no consentimos entrasen, y todos estábamos rogando a Dios fuese servido de atajarlo, porque no inficionase el convento, ni tocase a nadie, y para esto nos ayudábamos de una reliquia de la santa Madre, que le enviamos, se pusiese en la herida, con que luego mejoró, de arte que le pudieron llevar a su convento, y estuvo bueno, y vivió más de seis o siete años después, que era el Padre fray Juan de la Cruz. A este mismo tiempo también murieron de lo mismo allí algunas personas seglares

⁶ San Juan de la Cruz

repentinamente, que en sola una casa de D^a María Centurión, murieron en dos días cuatro personas heridas de peste. Yo me sentí un día con tan gran dolor debajo de un brazo, y calentura, que llamé a dos monjas las más antiguas del convento, encargándolas no dejasen entrar a nadie donde yo estaba, porque me sentía herida. Ellas porfieron a quererme ver el brazo, y vieron lo estaba, porque tenía una gran seca, y bajaba por el brazo desde ella unos rayos como verdugos muy encendidos; hicieron ponerme luego sobre la herida misma una reliquia de nuestra santa Madre, con que me quedé dormida, y desperté buena como si nada hubiese tenido.

A D^a Catalina Ronquillo, una señora de allí de Granada que sabía esto, le dio también debajo del brazo, y con las reliquias le sucedió lo mismo que a mí, y a otros enfermos de allí.

Había siete años que estando yo en Madrid, desahuciada de todos los médicos, de un dolor de costado, uno de los que me curaban, que era el doctor Cortés, tenía mucha devoción con las reliquias de nuestra santa Madre, porque sabía que a una hija suya, y a unos enfermos, había sanado de grandes enfermedades, en poniéndoselas, y así me rogó, que pues ya ellos no sabían remedio que hacer, me pusieran alguna reliquia de nuestra Madre. Yo me detenía por algunos respetos en esto; él se lo encargó mucho a las monjas me la pusiesen sobre el costado; en poniéndomela, me dio un vómito con tan gran sudor y fatiga, que parecía acabada. Luego me sosegué, y quedé tan buena, que viniendo los médicos que me curaban, que eran los del Rey, se espantaron, diciendo: “No hallaban rastro de enfermedad en mí, y así no tenían que volver más”. Y era el día de antes con gran priesa me había hecho recibir los Sacramentos, diciendo estaba mortal, y no había lugar de esperar más. Muchas otras cosas he sabido ha hecho Dios por medio de las reliquias de la santa Madre tan grandes como las dichas, y aún mayores, y por medio de su cuerpo, que de allí a poco que le **desenterraron**, hallaron estaba entero sin corrupción y con la fragancia de olor que tuvo en espirando, y tiene hoy, y el óleo que de él mana con que un tan multitud de paños que se dan y se tienen por reliquias⁷.

Le llevaron del convento de Alba al de Ávila⁸; a donde un día de año nuevo (1586) se juntaron veinte y tantas personas a ver el cuerpo, por respeto del Padre fray Diego de Yepes, que es ahora confesor de su majestad el Rey nuestro, y del licenciado Pablo de Laguna, que es presidente en el consejo de Indias, que habían venido desde Madrid a verlo, que hasta entonces le tenían allí secreto, y yendo ellos admirados de las particularidades de santidad que en él vieron, lo contaron al Obispo de Toledo, que era Inquisidor mayor y Cardenal; a él le hizo tanta fe y devoción, que se acordó que la Madre había muchos años le pedía licencia para fundar en Madrid casas de la Orden de frailes y monjas, y por no sé qué cosas no se la había dado, en oyendo esto la dio; diciendo se hiciesen norabuena conventos allí. Luego se hizo el de nuestros Padres⁹, y me envió a mandar el Prelado¹⁰ viniese desde Granada, trayendo conmigo otras seis monjas a fundar aquella casa¹¹. Su Majestad de la Emperatriz mandó que antes que nos encerrásemos, fuésemos al convento de las Descalzas franciscanas (porque nos quería ver) y su hija la Infanta¹², donde entramos en el aposento de Su Majestad, acompañándonos todos los de su casa. Entre ellos iba el Conde de Tiburcio, que andaba malo, y de devoción se había levantado a vernos, y agravábasele tanto la enfermedad, que le tuvieron casi por muerto. Una noche a deshora dijo a la Condesa su mujer, que se sentía bueno, porque las siete monjas que había visto en casa de Su Majestad la Emperatriz, veía alrededor de su cama, con otra del mismo hábito, que no había él visto en casa de la Emperatriz, que era la que más se llegaba y apiadaba tanto, que le había quitado todo el mal que tenía. Luego llamó a su confesor, que era D. Antonio de Capotos, que es ahora obispo de Oristán, y se lo contó y dio una gran limosna que nos llevase, y ofreciese que cada viernes enviaría treinta reales a aquel convento. Él me la dio y me la contó, y entonces envié al Conde un retrato de nuestra santa Madre, y en viéndole, dijo: “Esta es la monja que llegó a mí, y me sanó”. Y así él y la condesa determinaron de hacer mucho bien y tienen particular devoción. Es

⁷ “En 1583 el Rdo. P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, provincial, visitó el convento de Alba de Tormes, y cuya fundación había sufragado D^a Teresa Láriz; y asociado de otro religioso y de algunas religiosas, descubre por primera vez el cuerpo de santa Teresa, y si bien podrido el ataúd y reducido a polvo el santo hábito, el cadáver se halla entero, como si acababa de morir, y exhalando un suave olor”. (Ilmo. Yepes, Vida de santa Teresa, lib. II, cap. 40 y 41.- Almanaque de santa Teresa de Jesús, 1873, pág. 76)

⁸ Llevaron el santo cuerpo a Ávila el 18 de octubre de 1585

⁹ El convento de San Hermenegildo se fundó en 25 de enero de 1586

¹⁰ El Rmo. Padre Nicolás de Jesús (Doria)

¹¹ El convento de Santa Ana se fundó en 8 de septiembre de 1586

¹² La infanta D^a Margarita, hija de la emperatriz D^a María, viuda de Maximiliano II de Austria.

grande la que en Madrid ha causado a muchos extranjeros, y causa cada día por medio de sus reliquias y retratos, y ahora dos años, viniendo yo a esta casa de Salamanca, pasando por la nuestra de Alba, donde está su cuerpo, que por diligencias que se han hecho los Duques de Alba, le volvieron allí, y con estar en contienda de si ha de quedar allí o no, tiénenle los Prelados tan guardado, que había mucho no le dejaban ver, y a mí me dieron licencia para que hiciese descerrar una arca de hierro con que estaba clavado con tres llaves. Al tiempo que se abrió estaba conmigo todo el convento, y los mismos Padres que me traían, que el uno de ellos era definidor de toda la Congregación, llamábase fray Juan Jesús María, y el compañero, el Padre fray Diego de San José. Estando mirando el cuerpo con gran reverencia, porque pone mucha la entereza y olor que tiene y la frescura y blandura de sus carnes, que así se puede palpar como de cuerpo vivo, yo comencé a menearla y mirarla con mucha atención, y vi hacia las espaldas una parte tan colorada, que dije a todos que le viesen, que parecía tenía allí la sangre viva; tóquela con un lienzo, y luego se tiñó de sangre; díjele a los Padres, pidió otro, que también se tiñó de sangre en llegándole; estando sano el cuero y sin ninguna señal, ni herida, yo me quedé sobre la parte del cuerpo donde esta sangre salía, caído el rostro, pensando en tan gran maravilla, que lo era al cabo de doce años, que era muerta, tener la sangre tan viva; y ocupada en esto y otras cosas, no me acordé más de pedir los paños que se habían teñido.

CORRESPONDENCIA

Carmelitas Descalzas de San José, Buenos Aires, 15 de abril de 1875.

Señor Director de la **Revista Teresiana**.

Muy amado en Jesús, Sr. D. Enrique de Ossó, Pbro.- Comienzo deseando a V. mil gracias del cielo, y dándoselas yo duplicadas por la inserción de mi carta en nuestra querida **Revista**, pues si bien no la he visto, pues no recibo ningún número, desde el año tercero entrado. Lo he sabido; repito gracias mil al celoso Director de tal empresa; ahora saludándole nuevamente, tengo que comunicarle una noticia que alegrará su tan teresiano corazón; sí, señor Director, tengo el consuelo de decirle que en nuestra iglesia hemos establecido y hacemos públicamente todos los meses el día 15, consagrado al imán encantador de nuestras almas, a nuestra querida santa Madre Teresa; y las gentes se prestan, y concurren entusiasmadas a escuchar las glorias y doctrina de la refulgente estrella Española del siglo XVI.

El Ejercicio según V. lo compuso, con intermedios de armonium (antes se reza el Rosario), y para finar unas coplitas a la Santa. Pero aún hay más; ¿dónde estará Teresa que no se halle san José? por eso también se le rinde culto en su día 19 todos los meses públicamente; y esto será perpetuamente en esta santa Casa, pues fue promesa que se hizo, si nos libraban de los múltiples peligros que nos rodearían en el trayecto de Cuenca (en España) a Buenos Aires.

Creo no haberme engañado al pensar que se alegraría su corazón Teresiano.

Sin más por hoy que suplicarle una oración en el Corazón de Jesús de Teresa, y ofrecerle las de esta Comunidad, queda a sus órdenes la última de las Carmelitas,

Micaela de Santa Bárbara, priora

HECHOS EDIFICANTES

XXI

¿POR QUÉ NO HE DE SER YO VUESTRA HIJA?

Una vez más ha mostrado Teresa de Jesús ser ella la mujer que todo lo puede. Tengo de ello una prueba en las manos, que a mí me agrada comunicar a los lectores de la **Revista**, a fin de que su confianza en nuestra grande Santa se aumente más y más cada día.

Isabelita es una niña de doce años, cuyas gracias naturales, que por lo muchas y excelentes enamoran a todo el mundo, sólo son vencidas por la inocencia y virtud de su alma.

Hace muy poco tiempo que acerté a encontrarla, después de muchos días que no la había visto, y a poco de nuestra conversación, hubo de salir a colación -¡pues no faltaba más!- el tema inagotable de todas las niñas y jóvenes católicas, a saber, santa Teresa de Jesús:

- Pues qué, ¿no lo sabe V.? díjome enseguida ella, revelando una grande alegría.

- Ignoro lo que quieres decirme, le contesté. Vamos, cuéntame, cuéntame, que algo bueno conocía yo que me tenías guardado.

- Pues, sí señor; quiero decírselo todo en una sola palabra: ya soy teresiana.

- Pero ¿cuándo? ¿cómo? repliqué sorprendido.

- V. ya sabe, contestó ella, que ni mis papás, ni mis maestras, ni mi confesor, ni nadie quería que yo fuese Teresiana. ¡Mira V. qué tontería! ¡Cómo si santa Teresa de Jesús, cuando ella quiere, no pudiese más que todos!

- No, no es eso (dije yo); es que no querían que fueses teresiana porque no lo merecías aún; y tal vez quería la Santa que con la contradicción se encendiesen más y más tus deseos de ser su hija.

- Pues le aseguro a V. que lo logré, porque yo no pensaba en otra cosa que en la manera de conseguirlo. Cansada de pedírselo inútilmente a mis papás y demás superiores, me fui una mañana a postrarme delante del altar de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús, donde yo no sé las palabras que dije, pero sí recuerdo muy bien que lloré mucho, levantándome del todo consolada.

- Pero, ¿qué les pediste a las que ya son tus madres y protectoras especiales?

- ¿Qué les había de pedir? ¿Qué es esto que me pasa, mis queridas María y Teresa de Jesús? les decía. ¿Acaso no queréis vosotras que sea yo del número de vuestras hijas? ¿He de quedarme yo lejos de vosotras, cuando tantas otras amigas y compañeras mías pertenecen a vuestra Asociación y se honran con el título consolador de hijas vuestras muy amadas? ¿He de verme yo sola privada de tanta dicha?

Así por este estilo (continuaba Isabelita) les pedía a mis celestiales Madres y Protectoras, levantándome del suelo alegre y consolada sin saber por qué. Me fui luego a casa, y a la primera ocasión dije a la mamá:

- Mamá, le pido que me deje ser teresiana.

- Pues sólo de una vez, y no me conturbes más, me contestó como aquel que echa un pan entero al pobre que no se cansa de pedirlo una y otra vez. Mi padre aprobó el permiso de la mamá, y yo me quedé más alegre que unas Pascuas. Fui también a mi confesor; y como si todos se hubiesen convenido en darme gusto, me concedió al instante la licencia que nunca hasta entonces había podido conseguir. Yo pensé en María Inmaculada y Teresa de Jesús, a quienes aquella misma mañana supliqué con lágrimas en los ojos me admitiesen en el número de sus hijas, y mi corazón agradecido no pudo menos de rendir gracias sin medida a tan poderosas abogadas.

Edificado quedé yo al oír de los labios de la niña este sucedido, que aunque no vaya contado con la inimitable gracia y candor con que me lo contó mi pequeña interlocutora, pude, sin embargo, formar un anillo de la serie de **hechos edificantes** que vamos publicando, y que no es lo que menos gusto da a nuestras jóvenes y piadosas lectoras, según la prisa que se dan a leerlos.

Ya lo sabéis, pues, vosotras, niñas que deseáis militar bajo la hermosa bandera de Teresa de Jesús, la noble, la española, la simpática heroína, y sin embargo no tenéis concedido aún el permiso para serlo. Acordaos de Isabelita, y haced lo que ella hizo; y yo os aseguro que Teresa de Jesús, la mujer que todo lo puede (como la llamaban), se encargará de tocar y ablandar cuantos corazones no se muestren con deseos de complaceros y daros gusto.

X.

REVISTA NACIONAL

Benlloch. El día de Santiago, apóstol, patrón de España, instalose en este religioso pueblo con toda solemnidad la Asociación de Jóvenes católicas, Hijas de María y Teresa de Jesús. Con motivo de preparar por espacio de ocho días a los niños de primera Comunión, el fundador de la Asociación teresiana D. Enrique de Ossó hizo al mismo tiempo unas sencillas explicaciones de la regla de la Asociación a las jóvenes y demás gente del pueblo que todas las noches llenaba el templo, ávido de oír las verdades de salud. Con los niños de primera

Comunión comulgaron en la misa mayor más de 150 jóvenes que inscribieron sus nombres en la Asociación después de una fervorosa plática del celoso y teresiano Cura Párroco. Por la tarde, después de expuesto Jesús sacramentado, se rezó la coronilla de alabanzas y desagravios al Corazón de Jesús, se hizo el cuarto de hora de oración, luego el sermón que predicó el reverendo de Ossó, concluyéndose con la renovación de las promesas del santo Bautismo que hicieron con la Junta los niños de primera Comunión, y con la bendición del santísimo Sacramento después de cantarse un solemne **Te Deum**. Se les impuso el Escapulario azul, y se les entregó la medalla de santa Teresa de Jesús y la cédula de agregación, y a los niños una estampa, recuerdo de aquel solemne acto. Muchos nos prometemos del celo del reverendo Cura de este pueblo así como de la religiosidad de sus habitantes en bien de nuestra querida Asociación teresiana. Una prueba de ello es el quedar ya en el día de su instalación apenas una docena de doncellas que no hayan mirado como un deber entrar en esta arca de salvación para la juventud femenil.

Villanueva de Alcolea. También este religioso pueblo tiene la dicha de tener la Asociación de Jóvenes católicas. Después de concluida la función de Benloch, pasó el Director de la **Revista teresiana** a este pueblo, predicando la misma tarde un sermón a todo el pueblo que llenaba el magnífico templo, advirtiéndole que el lunes, día siguiente, fiesta de santa Ana, por la mañana a las 8 se celebraría misa de Comunión general con plática. Mucho se nos había ponderado la fe de este pueblo, pero quedamos agradablemente sorprendidos al ver en día de labor a más de doscientas personas acercarse a la sagrada Mesa. Por la tarde púsose a Jesús sacramentado expuesto, se rezó la coronilla de desagravios y alabanzas al Corazón de Jesús, se hizo el cuarto de hora de oración, y luego el sermón que predicó el reverendo de Ossó, en que manifestó el deber de todo buen español y en especial de las jóvenes católicas de amar, admirar e imitar a la gran santa patrona de las Españas, Teresa de Jesús. Las jóvenes de la Junta entre tanto hicieron vela a Jesús sacramentado, renovando las promesas del santo Bautismo ante un inmenso concurso; cantose el **Te Deum** con acompañamiento de órgano, y luego se hizo la procesión por dentro la iglesia con Jesús sacramentado, cantando el pueblo el **Santo Dios**, y acompañándole las jóvenes de la Junta con cirios, concluyéndose con la bendición del santísimo Sacramento. Se les impuso a las doncellas que forman la junta de la Asociación el Escapulario azul, se les entregó la medalla de santa Teresa de Jesús y la cédula de agregación. Terminóse tan solemne función a las diez y media de la noche. Como en este pueblo había ya la Asociación de Hijas de María, las que todas se han apresurado a ser también hijas de Teresa de Jesús, en poco tiempo adelantará mucho la naciente Asociación teresiana. Además, el celo de su bondadoso Cura Regente, reverendo Martí, contribuirá no poco a que prospere, inculcándoles la práctica tan esencial del cuarto de hora de oración diario, que es el alma y distintivo de las hijas de la seráfica Doctora.

REVISTA EXTRANJERA

Roma. Por milésima vez les han dado los enemigos del Papa en anunciar que Su Santidad estaba postrado en cama, añadiendo los pormenores que han creído más a propósito para que su estado pareciese en efecto "de los más alarmantes". Es lo cierto que ni los calores, ni la cautividad sufrida con pasmosa paciencia en edad en que el aire libre y el movimiento son indispensables, ni la duración de un pontificado más digno de admirar por sus multiplicadas pruebas que por sus glorias, han podido abatir el vigor de Pío IX, ni alterar la serenidad de su alma, que, como sello de indefectible esperanza, se pinta siempre en su angelical semblante, ni distraerlo de las graves ocupaciones que le imponen la solicitud de la Iglesia universal. En vano le han aconsejado los médicos que suspendiese las audiencias públicas durante los meses de los grandes calores. El Santo Padre, olvidando los consejos de sus médicos, continúa recibiendo las visitas de los fieles, lamentándose solamente de no poder satisfacer a tantos como quisieran visitarlo.

- En el Consistorio celebrado el día 5 de julio fueron preconizados: D. Francisco de Paula Benavides, para el patriarcado de las Indias; el eminentísimo cardenal Moreno, para el arzobispado de Toledo; D. José Martín Herrera, para el de Santiago de Cuba; D. Francisco de Sales Crespo, para el obispado de Mondoñedo; D. Gabino Catalina del Amo, para el de

Calahorra; D. Saturnino Fernández de Castro, para el de León; D. Vicente Calvo Valero, para el de Santander; el P. Fr. Ceferino González, para el de Córdoba; y D. Esteban José Pérez, para el de Málaga.

- Nuestro santísimo Padre Pío IX ha contribuido con la suma de veinte mil liras al alivio de las inmensas desgracias que han ocasionado las inundaciones en el Mediodía de Francia, especialmente en Tolosa.

- El Padre Santo ha enviado 1.000 francos para contribuir al remedio de los males causados por el granizo que devastó hace poco una parte del cantón de Ginebra.

Alemania. En estos últimos tiempos se han convertido al Catolicismo un número bastante considerable de mecklemburgueses de las más altas clases. Entre ellos puede citarse el barón de Vulgo, pariente próximo del subsecretario de Estado en Negocios extranjeros de Berlín; hoy es provincial de los jesuitas en Viena: - el barón de Stein, agregado al ministerio de la Guerra en Schwerein; - dos chambelanes, dos profesores de derecho en la Universidad, muchos grandes propietarios, y un Pastor que hoy es redactor de un diario católico de Silesia.

Baviera. El Ministerio bávaro, siguiendo servilmente las huellas de Bismark, ha prohibido, en virtud de un **úkase** dictado recientemente, las procesiones del Jubileo, con el risible pretexto de que los obispos no habían pedido para este fin el regio **placet**.

Francia. La Iglesia católica acaba de alcanzar una gran victoria. Un hombre que había sido toda su vida un escéptico refinado, ha entrado en el seno de la Religión al acercarse sus últimos momentos, y hecho paces con Dios. Trátase de Mr. De Rémusat, íntimo amigo de Mr. Thiers, y ministro que había sido. Al verdadero apóstol de caridad, el Rdo. Broglie, hermano del célebre diplomático de este nombre, ha tocado la suerte de rescatar aquella oveja perdida. Trabase entre ambos una conversación bastante larga, concluyendo el moribundo por confesarse, después de lo cual el Ilmo. Sr. Perraud, obispo de Autun, le llevó los últimos Sacramentos, que recibió en su cabal juicio y con gran serenidad de alma.

Inglatera. Lady Flora Hastings, una de las principales damas de la aristocracia inglesa, ha hecho abjuración del protestantismo, entrando en el seno de la Iglesia católica.

Nápoles. Días pasados hubo en Nápoles grandes fiestas para la coronación del cuadro milagroso de la santísima Virgen que se conserva en la iglesia de Santa María del Carmen: pintura atribuida a san Lucas. La generosidad de los fieles permitió dar un brillo a dicha fiesta, y la inmensa concurrencia de ellos probó que la fe y la devoción a María distan mucho de haberse extinguido en el corazón de los napolitanos.

Día de retiro y peregrinación espiritual al santo Corazón y sepulcro de santa Teresa de Jesús

MES DE AGOSTO

Un pensamiento, más de un año ha acariciado mi pecho, voy a comunicar a mis amigos y amantes de Teresa de Jesús. Querría convidar a todos los buenos españoles que de católicos y amantes de las glorias patrias se precian, a una peregrinación al Corazón y sepulcro de la Heroína española santa Teresa de Jesús. La multitud de males que afligen a nuestra santa fe y a nuestra patria, males que atormentan también el corazón de la excelsa Patrona de las Españas, me habían sugerido esta idea que se hubiera traducido en hecho si las circunstancias cada vez más difíciles porque atravesase nuestra infortunada nación no lo hubiesen impedido. Mas ya que no nos es posible convidar y darnos cita y vernos todos los teresianos españoles en un mismo día y lugar para admirar el corazón transverberado de nuestra gran Santa, séanos al menos permitido reunirnos espiritualmente y formar un solo corazón, una sola alma, una sola súplica por espacio de tres días con nuestra muy amada Madre santa Teresa de Jesús. Los días serán 25, 26 y 27 de agosto, procurando en estos días orar con mayor fervor

en unión de las intenciones de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús, y con el designio piadoso de arrancar una de las espinas que más punzan a estos santos corazones abrasados en el celo por la gloria de Dios.

DÍA 25. Se consagrará a desagraviar los corazones de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús por las blasfemias que se pronuncian contra Dios y sus Santos en todo el mundo, pero en especial por las de nuestra España. Récese la coronilla de alabanzas y desagravios. Viva Jesús, muera el pecado; sea por siempre alabado el Corazón de Jesús sacramentado. Repítase diez, mil o más veces y siempre cuando se oiga una blasfemia.

DÍA 26. Se consagrará a desagraviar a los Corazones de Jesús y de su Teresa por la profanación de los días festivos. Se oirá misa en este día con esta intención, y se hará el propósito de no dar ocupación ni ganancia, ni comprar cosa alguna, en cuanto se pueda, a ninguna de las personas o establecimientos que profanen los días festivos, cuidando de que otros imiten tal conducta, y de esta suerte, si no por amor de Dios, a lo menos por amor al negocio, se retraigan muchos de profanar los días de fiesta.

DÍA 27. Se consagrará a consolar a los Corazones de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús por la pérdida de la fe, o de la pureza de la fe en nuestra católica España. Teresa de Jesús fue la gran celadora de la fe en nuestra patria. A ella principalmente se debe que se preservase de la herejía protestante. Examinemos, pues, en este día cuidadosamente nuestra fe si es viva, si es pura y perfecta, y para reconocerlo llevar nuestras miradas sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas y aún sobre todas las mitras para fijarlas exclusivamente en el Vicario de Cristo, el Papa Pío IX. Nuestra fe será pura y perfecta si creemos lo que el Papa cree y cómo él lo cree, si condenamos y reprobamos lo que él condena y reprueba. El Vicario de Cristo es el único Maestro infalible de las verdades de fe, de lo que debemos creer y obrar para salvar nuestra alma. Hagamos hoy oración especial por la conversión de los herejes y malos católicos, y para que nunca falte la verdadera fe en nuestra España. Evitemos el trato de todas las personas que no sean íntegras en la fe, y guardemos este precioso tesoro evitando toda clase de lecturas que no enseñen lo que la Iglesia. Comulgarás en este día con esta intención.

Todos los días durante este mes después del cuarto de hora de oración y las más veces que podamos, digamos al Eterno Padre con el mismo espíritu y deseo que santa Teresa su piadosa oración: Padre Santo que estáis en los cielos, etc., o la que damos en la primera página de esta **Revista** de este mes.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El triunfo de la Iglesia, la paz del mundo y de nuestra católica España.- Espíritu de oración para las hijas de María inmaculada y santa Teresa de Jesús.- Un arreglo difícil.- Reconciliación de varias personas.- Conversión y cristiana muerte de los pecadores.- La Iglesia de España y su Episcopado.- Los católicos alemanes, suizos y belgas.- La salud del teresiano cardenal Dechamps.- Tres fundaciones religiosas.- La catequística y escuelas dominicales.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

Suma anterior Rs. 3,486'60

Hospital del Rey.- José Portugal: santa Teresa de Jesús ¿hasta cuándo han de gloriarse nuestros enemigos?

“O dad fin al mundo, le pedías en otro tiempo a
tu Jesús, o remediad tantos males”. Y esto pido
yo sin cesar con toda mi alma

4

Suma

Rs.

3,490'60